

30 PAISAJES
DE LA **HISTORIA**
DE **ESPAÑA**

ELADIO ROMERO
y **ALBERTO DE FRUTOS**
Prólogo de **IÑAKI GABILONDO**

LAROUSSE

© texto ELADIO ROMERO (textos 1 y 2 de cada capítulo)
y ALBERTO DE FRUTOS (textos 3 y 4)

© prólogo IÑAKI GABILONDO

© ilustraciones: ver páginas 190-191

Imágenes de cubierta y contracubierta: Turismo A Guarda (Santa Trega), Josep R. Casals (Segovia), Turismo de Almagro (Almagro), Arxiu Comarcal del Maresme (Barcelona), Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira (Altamira). Turismo de Córdoba (Medina Azahara), Alberto de Frutos (Yuste), Colección Fundación Bancaja (Valencia), Museo de Zaragoza/José Garrido (moneda), Flickr/Fernando (San Juan de la Peña), Egeda (Madrid), Fundación Sancho el Sabio (Bilbao).

dirección editorial

JORDI INDURÁIN PONS

edición

CARLOS DOTRES PELAZ

diseño, maqueta y preimpresión de interior y cubierta

VÍCTOR GOMOLLÓN

documentación gráfica

ALBERTO DE FRUTOS

lectura de estilo y ortotipográfica

ARIEL VÁNDOR

© Larousse Editorial, S. L., 2023

Bac de Roda, 64, 1.ª planta, Local B, 08019 Barcelona

www.larousse.es

clientes@gruposanaya.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes plagieren, reprodujeran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte y en cualquier tipo de soporte o a través de cualquier medio, una obra literaria, artística o científica sin la preceptiva autorización.

El editor ha procurado por todos los medios a su alcance no contravenir la regulación sobre marcas comerciales y material sujeto a *copyright*. Para cualquier rectificación, rogamos se dirijan a la dirección de correo electrónico que consta en esta página.

Primera edición: noviembre 2023

ISBN: 978-84-19739-54-4

Depósito legal: B-14639-2023

1E1

España no se gusta como es de verdad. Ante el sastre que le toma medidas saca pecho, mete tripa, se pone de puntillas, se falsea y fantasea. Luego, lamenta que el traje le tire de la sisa y la entrepierna, que le apriete aquí o que le sobre allá.

España se disloca y contorsiona para convertir en imposible rima consonante la maravilla de su rima asonante, razón principal de su riqueza.

No necesita los espejos deformantes del Callejón del Gato para resbalar hacia el esperpento. Valle Inclán hace decir a Max Estrella en *Luces de bohemia* que el sentimiento trágico de la vida española procede de su estética sistemáticamente deformada. Miope de un ojo e hipermetrope del otro, acierta rara vez con el punto que le permita enfocar adecuadamente. O solo ve el mosaico sin fijarse en las teselas que lo componen o se ciega en las teselas y no aprecia el mosaico resultante. Desde hace mucho y hasta hoy mismo.

Por eso a los españoles se les embota el entendimiento ante sintagmas como «España es una nación de naciones», verdad bastante indiscutible, pero con un inconveniente grave: no recoge una idea sino dos. Primera idea: es una nación. Segunda: está compuesta por diferentes naciones. Y muy pocos aceptan ambas ideas. Lo habitual es que se afirme una y se abomine de la otra.

El hecho es que consumimos —despilfarramos, diría— mucho tiempo y energía tratando de averiguar qué es España, desde cuándo lo es, midiendo y comparando emociones. Los desacuerdos más remotos mantienen su actualidad, avinagrados, y podemos darnos de bruces con ellos lo mismo en la barra de un bar que en el Parlamento, en los medios de comunicación o la Universidad. Aún no sabemos si debemos estar orgullosos o avergonzados de la aventura americana, ni cómo hemos de valorar y entender la etapa imperial, ni si los siete siglos de presencia islámica forman parte de nuestra historia o son un paréntesis de la misma, y así con todo. Y es muy improbable que esa tendencia vaya a remitir o atenuarse precisamente ahora, cuando la globalización ha despertado ardores identitarios en todas partes, incluso donde parecían dormidos.

No existen los pueblos elegidos ni los predeterminados para una causa u otra, por supuesto, pero sí hay decisiones históricas que los marcan a fuego. En nuestro caso, promover y abanderar la Contrarreforma trazó, a mi juicio, la ruta principal de nuestro futuro. Era lo lógico, habida cuenta de que el Imperio español se presentaba como la Monarquía Católica, Apostólica y Romana, y esa fe había acompañado la llamada Reconquista. Pero el hecho es que, mientras los reformados aprendían a leer, fieles al principio de libre interpretación de las Escrituras, y se beneficiaban de la expansión del nuevo gran invento, la imprenta, la Contrarreforma nos cerraba las puertas del conocimiento. Se nos necesitaba ignorantes y analfabetos para recibir, interpretadas por la autoridad, los latines de la doctrina. Las desventuras de Casiodoro de Reina y su Biblia del Oso en castellano constituyen un mojón perfecto en esa encrucijada.

¿Es posible liderar el mundo y a la vez quedar rezagado? España demostró que lo es. (Una paradoja tan extrema tenía que imprimir carácter. De ahí proceden seguramente nuestros vertiginosos saltos pendulares, del complejo de superioridad al de inferioridad en menos de un pestañeo, del sentimiento trágico al hedonismo, de la severidad máxima a la máxima condescendencia al juzgar nuestros propios actos. Escépticos y crédulos al mismo tiempo, como quien no sabe nunca a qué carta quedarse, si no podemos ser los primeros solo nos conformamos con ser los últimos).

Desde entonces, los españoles quedaron condenados a tutela perpetua, con cien curas y un Pedro Recio de Tirteafuera per cápita, para ser advertidos, como Sancho en la Ínsula Barataria, de no hacer esto, ni lo otro ni lo de más allá. Por su bien, naturalmente. Los que quisieron ser erasmistas,



como más tarde los afrancesados y los heterodoxos de todo tipo, tuvieron ocasión de comprobar el precio de pensar por su cuenta.

Por eso, cuando a comienzos del siglo XIX surgió el concepto moderno de Estado nación, a España le pilló atrapada en los cepos del oscurantismo. Las luces tenían que abrirse camino con gran dificultad. En el fragor de las infinitas batallas por la modernidad se le fueron escapando los grandes trenes del progreso. En la despedida del siglo, la crisis del 98 demostró que los viejos esencialismos seguían bien vivos. Las mentes más esclarecidas creyeron necesario viajar en el tiempo para buscar en los primeros vagidos de la historia el alma de la patria. Las fantasmagorías ontológicas sobre el «problema de España» de una brillantísima generación de intelectuales dejaba a las claras lo que aún perdura, que la política entre nosotros tiene mucho de teología. Aún no hemos logrado secularizar del todo nuestra vida pública.

Ocioso es señalar que con nuestros antecedentes abarrotados de dogmas y con la racionalidad instalada a duras penas en las brumas de la metafísica, estábamos abocados a no saber ni lo que fuimos ni lo que somos, preparados perfectamente para abrazar nuestros tópicos favoritos y embestir con ellos.

La llegada de la democracia nos deparó el descubrimiento de una desconocida maravillosa, la libertad, y de su mano más de cuatro décadas de extraordinario progreso, acaso las mejores de nuestra historia. Sean cuales sean las objeciones que se quieran poner a este periodo, es indiscutible el salto gigantesco de nuestra sociedad en todos los órdenes. Soportamos dignamente la comparación con los países de nuestro entorno en casi todas las tablas de equivalencia e incluso destacamos en algunas.

Sin embargo, hay un punto negro en el mapa, la educación. A pesar de los enormes esfuerzos realizados y lo mucho conseguido, hay una insólita unanimidad en señalar este terreno como fallido. Es como si tantos siglos sin libertad, tragando lo masticado por otros, hubiesen solidificado distintos focos de resistencia al conocimiento. O como si estuviera quebrado algún profundo equilibrio interno al llegar a la libertad de expresión sin haber pasado antes por la libertad de pensamiento. En todo caso, no ha ayudado nada la incapacidad de la política en diseñar líneas pactadas con un mínimo horizonte. Encadenar proyectos sucesivos que se neutralizan los unos a los otros es un procedimiento infalible para fracasar.

El filósofo francés Pascal Bruckner asegura que la educación es la herramienta que nos permite interpretar correctamente el pasado y convertir las piedras muertas de la historia en materia viva. Ese parece haber sido el espíritu con el que se ha abordado este libro, estos *30 paisajes de la historia de España* que tiene usted en sus manos: el afán de acercarse a la realidad actual episodios, lugares y momentos de especial relevancia para entender nuestro pasado. Ilustrado con primor y afinadísima intención.

Siempre se ha dicho que la divulgación de primer nivel tiene detrás mucha investigación. Este es el caso, sin duda. Pero añadiría que se observa con idéntica claridad el deseo de aportar, de ser útil, de enhebrar nuestro ayer y nuestro hoy con un hilo invisible que no se limita a las hazañas bélicas al uso, que no rehúye temas amargos (la brecha entre Cataluña y la Corona que se plasma en la brecha abierta en la muralla de Barcelona en 1714 o la insostenibilidad del modelo turístico del Mar Menor son buenos ejemplos) y que no se centra en personajes estelares.

Es como un álbum de familia, desde las brumas de Tartessos hasta el 1992 de los prodigios, en el cenit de nuestra euforia, elaborado sin prejuicios ni lugares comunes, sin dramatismo ni solemnidad, sin vivas ni mueras, y escrito en un estilo claro, conciso y también profundo.

Su lectura produce el mejor de los efectos, abre el apetito. Quiero decir que pide más, más lecturas, más viajes, estimula el deseo de conocernos mejor y de conocer mejor España.

IÑAKI GABILONDO
Madrid, agosto de 2023

Primer milenio a.C.

TARTESSOS

En las brumas de la historia

Hace unos 2800 años, ya iniciada la Edad del Hierro, surgió en el sudoeste de la península ibérica el considerado como primer reino de la historia de las actuales España y Portugal.

Los griegos llamaron a ese reino Τάρτησος (Tartessos o Tarteso), y en sus escritos, tanto literarios como históricos, lo mencionaron en diversas ocasiones, describiéndolo como un reino muy próspero en el que destacaban las actividades agropecuarias, la minería y el comercio tanto por mar como a través de los ríos. De hecho, también según las fuentes griegas (aunque, en este caso, recogidas por el poeta latino Rufo Festo Avieno), el río principal del reino también se llamaba Tartessos, hoy día no identificado con ninguno de los cursos fluviales de la zona.

Sin embargo, la arqueología no ha sido, por desgracia, tan contundente ni explícita a la hora de ofrecernos información sobre aquel reino. Primero, porque los tartesios emplearon un tipo de escritura todavía hoy no descifrada, y también porque no se han hallado restos de grandes ciudades con palacios y tumbas destinadas a reyes supuestamente tan ricos y poderosos, aunque sí algunos templos de cierto tamaño. Así que debemos conformarnos con unas breves pinceladas de lo que realmente fue Tartessos desde el punto de vista histórico, sin poder aclarar muchas de las preguntas que tanto el lector no especializado como el investigador más experimentado se han ido haciendo a lo largo de los tiempos sobre la primera civilización que surgió en la península ibérica.

En primer lugar, podemos afirmar que la civilización tartesia (o tartésica) es fruto de la influencia que tanto los navegantes fenicios como griegos ejercieron sobre los habitantes y las tierras meridionales de nuestra península. De hecho, fueron los fenicios los comerciantes que más trataron con los tartesios, y ello como consecuencia de la colonización que emprendieron en dichas tierras a través sobre todo de Gadir (Cádiz), su asentamiento principal, cuyos restos arqueológicos se remontan al menos hasta el siglo VIII a. C. Para muchos historiadores, la escritura tartesia habría estado notablemente (sino exclusivamente) basada en el alfabeto fenicio. También los griegos establecieron fuertes contactos comerciales con los tartesios, y así, según el historiador griego Heródoto (siglo V), los primeros colonos griegos llegaron a la península ibérica en el siglo VII, cuando el mercader Kolaios de Samos fue arrastrado por los vientos hasta

las costas de Tartessos, más allá de las denominadas Columnas de Hércules (¿estrecho de Gibraltar?), lo que le permitió el acceso a una cultura y un comercio muy ricos y, sobre todo, regresar a su país con más de dos mil kilos de plata. A Kolaios, y siempre según Heródoto, le seguirían los comerciantes de la ciudad jonia de Focea, que supuestamente obtuvieron los mayores beneficios de las transacciones con el rey tartesio Argantonio. Estas colonizaciones aportaron una serie de innovaciones tecnológicas y culturales, como el empleo del torno y la ya mencionada escritura, nuevos alimentos o ritos funerarios.

En cuanto a la arqueología, lo que esta ha contribuido al conocimiento de la civilización tartesia aún deja muchos aspectos por aclarar, ya que no siempre se corresponde con las fuentes escritas antes aludidas. En total, se han identificado algo más de veinte yacimientos tartesios, doce de los cuales fueron específicamente protegidos ya en 1973 (decreto 3383/1973). Los principales serían el de Aliseda (Cáceres), Asta Regia (Jerez de la Frontera, Cádiz), Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz), El Carambolo (Camas, Sevilla), Carmona (Sevilla), Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz), Cerro Salomón (Huelva), Ébora (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz), necrópolis de La Joya (Huelva), La Mata (Campanario, Badajoz), La Tablada (El Viso del Alcor, Sevilla) y Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva).

La civilización tartesia desapareció en torno a finales del siglo VI a. C. y, al parecer, de forma brusca, pues a partir de esa fecha no hay referencias escritas que hablen de su existencia, sino solo de su glorioso pasado. Las causas de este derrumbe tan abrupto, a falta de pruebas precisas, ha querido buscarse en alguna catástrofe natural (un terremoto seguido de un tsunami) o en la acción humana (la penetración de los cartagineses en el sudoeste de la Península). Y poco más se puede decir con rotundidad al respecto, solo que la civilización tartesia dio paso a una cultura y a un pueblo que los romanos llamaron *turdetano*, considerado de entre los más avanzados dentro del mundo fbero.



PRIMERAS FUENTES

Las fuentes clásicas que hacen referencia al reino de Tartessos son, como hemos adelantado ya, esencialmente griegas. Nada queda de las fuentes fenicias o cartaginesas, mientras que las latinas, como el mencionado poeta Rufo Festo Avieno (siglo IV d. C.), beben de fuentes griegas. Caso aparte es el Antiguo Testamento, en el que se habla varias veces de Tarsis, lugar de próspero comercio y rico además en metales, aunque su identificación con Tartessos no está nada clara. Entre los principales autores antiguos que hablaron de Tartessos tenemos, aparte de los citados **Heródoto** (que es quien aporta más información) y **Avieno** (autor de un poema titulada *Ora marítima*, basado en un periplo iniciado la ciudad griega de Marsella, donde se describe la costa tartesia), a **Estesícoro de Hímera**, un griego siciliano que vivió a caballo entre los siglos VII y VI a. C. Su poema *Gerioneia*, del que se conserva un resumen redactado posteriormente, nos cuenta uno de los trabajos de Hércules llevado a cabo en el reino de Gerión, mítico monarca dueño de un magnífico rebaño de bueyes que gobernaba en una isla «situada en las proximidades del Océano, que ahora se llama Gades». Una referencia que concuerda geográficamente con el territorio de Tartessos.

En la página siguiente, yacimiento de Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz), fechado en el siglo V a. C., en la fase final de la civilización tartesia. De las excavaciones, iniciadas en 2014, sobresalen, de momento, las dos plantas constructivas de un gran edificio de carácter ceremonial con restos de más de medio centenar de animales sacrificados, sobre todo caballos, y el hallazgo, en el transcurso de la campaña de 2023, de relieves antropomórficos (arriba a la izq., rostros casi completos de dos figuras femeninas).



Mosaico de Heracles robando las manzanas del jardín de las Hespérides (siglo III d. C., Museo Arqueológico Nacional, Madrid).

HESPÉRIDES, GEOGRAFÍA MÍTICA

Fijar unas coordenadas geográficas a un sueño no debe de ser tarea fácil. En el fondo, el jardín de las Hespérides, al igual que el Edén bíblico, encaja en tantas fronteras como queramos, y, en este sentido, el reino de Tartessos no sería una excepción.

En el siglo XVI, Gonzalo Fernández de Oviedo imaginó ese paraíso en las Indias. Alonso Fernández de Madrigal, el Tostado, porfió en la opción de las Canarias. La brújula de Apolonio de Rodas, el autor de *Las Argonáuticas*, miraba, por su parte, a Libia, concretamente al lago Tritón, y Plinio el Viejo, en su *Historia natural*, indicaba que en Lixus, en la Mauritania Tingitana, se alzó el palacio de Anteo y los huertos de las Hespérides, «a doscientos pasos del océano». Por Virgilio, en *La Eneida*, conocemos las costumbres «en el Lacio de Hesperia»... Y suma y sigue.

El mito griego cuenta que Gea, la personificación de la Tierra, le regaló el jardín a su nuera, Hera, por su boda con Zeus. Desde luego, Gea tenía buen gusto y, además, era un regalo de lo más práctico: en el jardín crecían unos manzanos cuyos frutos —dorados, pero no Golden, imaginamos— proporcionaban la inmortalidad. Como es lógico, ese tesoro había que custodiarlo, y a tal menester se aplicaron las Hespérides, tres ninfas, hijas de la Noche o de Atlas (según la versión que leamos), que respondían a los nombres de Egle, Eritea y Hesperetusa, o a sus múltiples variantes. También había un dragón de cien cabezas, Ladón, que, enroscado en los manzanos, alejaba cualquier tentación de mangancia, incluida la que impulsaba, de vez en cuando, a las propias ninfas.

El undécimo trabajo

Heracles (Hércules, para los romanos), hijo de Zeus y la mortal Alcmena, no era lo que se dice un forajido, pero andaba purgando la matanza de su familia en un rapto de locura que le había insuflado su enemiga Hera. Obedeciendo a la sibila de Delfos, el héroe se embarcó en una serie de aventuras o trabajos dictados por el rey Euristeo. Uno de ellos, el undécimo, consistía en robar las manzanas del jardín de las Hespérides, y allá que se fue, sin saber muy bien dónde se encontraba ese lugar. Atravesó Grecia, pasó por Macedonia, se detuvo en Egipto, y el poeta latino Avieno refiere que «llegó hasta donde van a parar las lejanías del mediodía».

Si Heracles tiró de ingenio más que de fuerza bruta, o viceversa, depende del texto que escojamos. Según algunas fuentes, el forzado mató al dragón, y, según otras, hizo que Atlas recolectara las manzanas, mientras él lo reemplazaba en la tarea de cargar la bóveda celeste sobre sus hombros. Lo cierto es que cumplió con su cometido, y ya solo le quedó afrontar su último trabajo, sacar al perro Cerbero del infierno.

Los trabajos de Heracles inspiraron a numerosos autores clásicos —Esquilo, Sófocles y Eurípides los abordan en sus obras— y alumbraron una generosa iconografía en hidrias, vasos y hasta en el frontón oriental del Partenón, según la tesis del arqueólogo danés Kristian Jeppesen. El mosaico romano que ilustra estas páginas, presente en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, está datado en el primer tercio del siglo III d. C. y fue localizado en 1917 en una finca de Lliria (Valencia).

¿Y si el jardín estuviera en Tartessos?

Viendo el mosaico y al héroe barbado con su clava o maza, uno se pregunta, consciente de que no hallará respuesta, si esa acción tuvo lugar en algún punto del reino de Tartessos. Al fin y al cabo, la tradición de las Hespérides nos conduce a los remotos confines del oeste —del oeste de Grecia, se entiende—, ya sea la cordillera del Atlas, las islas más allá de Mauritania o, por qué no, el sur de nuestra península ibérica.

Hay que tener en cuenta que Eritea, una de las tres Hespérides, pasa por ser la madre de Nórax, rey mítico de Tartessos y fundador de la ciudad fenicio-púnica de Nora, al sur de Cerdeña. Y que el mismo nombre de Eritea bautizó una de las islas Gadeiras, el archipiélago que había en la bahía de Cádiz y donde vivía el gigante Gerión, cuyos bueyes robó Heracles en un trabajo anterior.

Porque, en definitiva, Iberia era el fin del mundo, lo codiciado, lo inexplorado, y por eso las columnas de Heracles fijaban la frontera del ecúmene en el estrecho de Gibraltar, y por eso el ciclo de sus trabajos podía trasladarse a esas regiones ricas y brumosas, que hoy identificamos con Tartessos y los manantiales «inagotables» y de «raíces de plata» de su río homónimo (¿el Guadalquivir?), cantado por Estesícoro de Himera.